

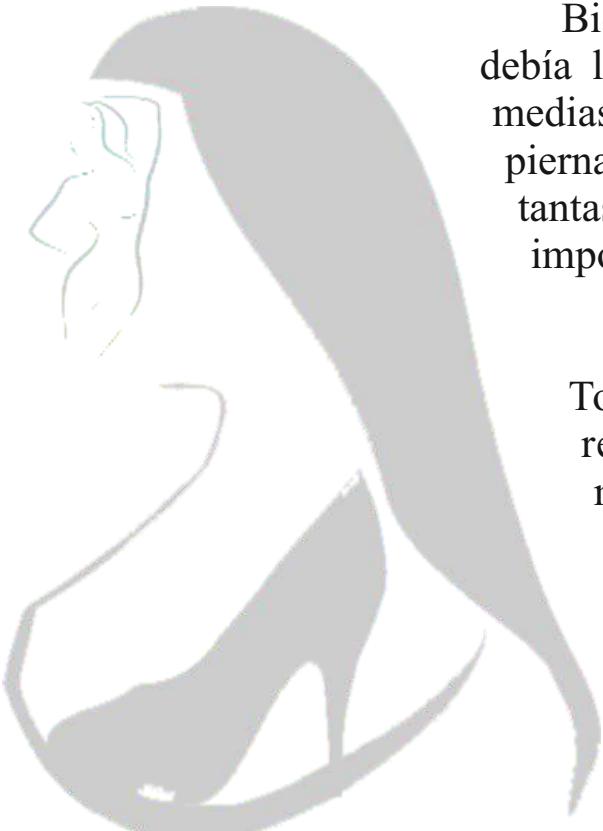


La perfecta disfrazada

Teresa Viedma Jurado



Teresa Viedma Jurado



Sentada en la cama inclinó la cabeza dejando el campo de visión limitado a poco más que sus zapatos.

Se descalzó y dejando a un lado los tacones de ocho centímetros de altura, contempló sus medias.

¡Adoraba el tacto de las medias sobre la piel! Ese era un recuerdo que había conseguido trasladar a su nuevo yo.

Levantó la cabeza inclinándola ligeramente a la derecha haciendo que su mirada se dirigiera exactamente a un crucifijo colgado en la pared, en un plano situado más arriba y algo más a la izquierda. Intentó extraer de su memoria imágenes del claustro de aquel convento, pero no consiguió ninguna.

Realmente tampoco recordaba cuándo fue a parar allí, ni por qué, ni mucho menos para qué.

Las imágenes no fluían, no llegaban, pero debían estar en su cabeza puesto que ella vivía allí, su hábito de monja así se lo indicaba y también la cruz que marcaba su rutina.

Bien es cierto que una monja como ella no debía llevar unos zapatos tan coquetos ni unas medias verdes como las que observaba en sus piernas. Eso era algo que no entendía, pero había tantas cosas incomprensibles que una más no importaba.

Un claustro. Debía recordar un claustro. Todas las monjas necesitan uno para recorrerlo, rosario en mano, rezando, meditando o sencillamente divagando sobre el amor y el dolor.

Ella era una monja, Sor Teresa, y debía tener un claustro para que todo fuera perfecto. Si no lo recordaba sería, sin duda, porque el alzheimer estaba

haciendo mella en su trastornado cerebro.

Y después estaba lo otro, ese confesor nuevo que la estaba volviendo loca.

- “Si no ves el claustro, le decía, quizás no debas vestir el hábito”.-

Sor Teresa suspiró cansada. Dirigió la mirada a la parte opuesta de su celda e imaginó un claustro. Era bello, con arcos de medio punto en el más perfecto estilo románico. Allí el aire se respiraba puro, limpio y el aroma de las lilas de un arbusto cercano nublaba sus sentidos.

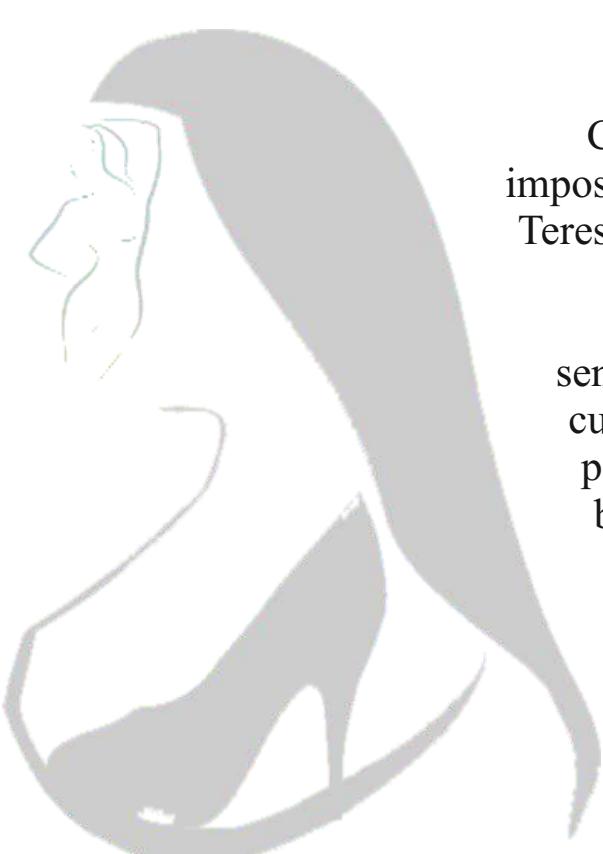
Sor Teresa sonrió. Esa visión si era agradable, si bien era cierto que no la recordaba, sólo la imaginaba.

Se levantó y se dirigió al baño. Las palabras del nuevo confesor volvían una y otra vez a su cabeza:

- “¿Alguna vez te has bañado desnuda en el mar?”- le había preguntado.

Sonrojada y dolida le había contestado:

- No, nunca.-



Como Sor Teresa era poco menos que imposible y antes, siendo aquella otra mujer, esa Teresa tampoco se bañó desnuda en el mar.

Nunca se había planteado como sería la sensación del agua del mar recorriendo su cuerpo desnudo. El sabor de la sal en cada poro de su cuerpo invitaría, sin duda, a besarlo.

Ahora, este confesor le había hecho pensar en ello y no sabía por qué, pero estaba segura de que debía ser muy agradable. La libertad corriendo por sus venas.

Una playa desierta o plagada de gente, qué más da; agua cristalina, salada, su cuerpo libre sumergido en ella. Al salir, el sol calienta su blanca y suave piel mientras pequeñas gotas forman ríos imaginarios en ella, yendo a caer sobre la arena cálida.

Si, lo haría. Se bañaría desnuda. Pero entonces tendría que quitarse el hábito... Y una cosa es quitarse el hábito a solas, en la penumbra de su celda y dejarlo colgado bien cerca de su cama, dónde en cualquier momento puede volver a colocárselo ante la entrada inminente de otro ser humano. Y otra muy distinta sería quitárselo fuera de sus dominios, donde cualquiera podría ver la blancura de su piel, su transparencia y la facilidad con que se daña, se arruga, se lastima. Cualquiera, entonces, sentiría su suave tacto y el efecto cálido, frío o rugoso de la arena sobre su cuerpo.

Para eso, como decía el Padre Jacobo, tendría que colgar el hábito y colgar el hábito significa sentir.

Se desmaquilló el rostro y los ojos frente al espejo. Un sentimiento extraño la invadió. Una monja no debía ir maquillada.

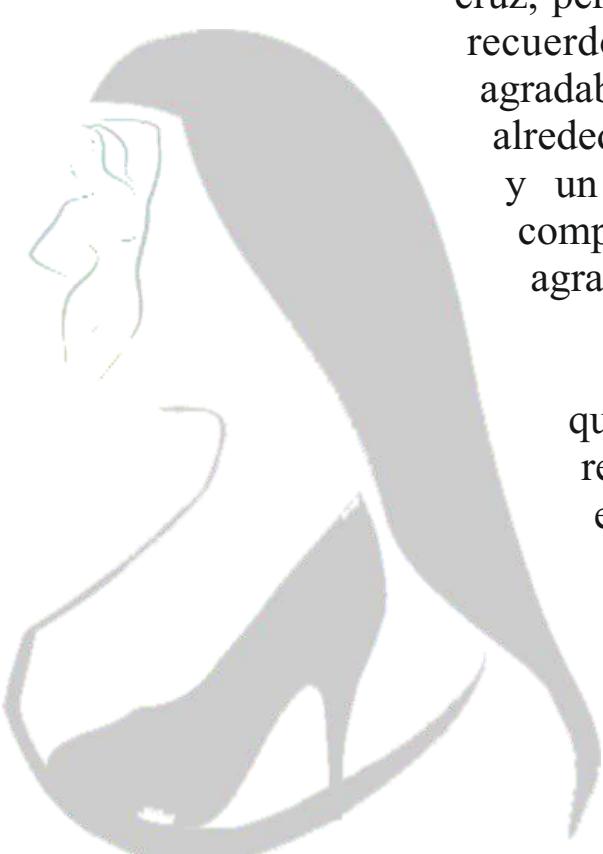
Libre de máscaras se miró al espejo y en su reflejo pudo reconocer a la niña que nació y creció en su cuerpo. Había creído que esa niña estaba muerta pero no, aún estaba allí, acompañándola.



Sor Teresa sonrió al espejo y éste le devolvió su sonrisa. Aún conservaba cierto aire travieso, casi golfo.

Se había despojado de los tacones, de las medias, de las joyas y del maquillaje. Sólo le quedaba el hábito.

Había mirado arriba, a la izquierda, divisando una cruz que sólo ella podía haber colgado allí. Después había mirado al otro lado intentando imaginar una paz en su convento, el claustro. Nada la colmaba. Lo único que deseaba era



sentir el agua correr sobre su cuerpo desnudo.

Miró a ambos lados, estaba sola. Se quitó el hábito y lo dejó caer al suelo. Pasando por encima de él, entró en la ducha.

Dejó que el agua se derramara sobre su cuerpo y acarició su piel desnuda cubriendola con una suave y perfumada espuma.

Al fin se sintió limpia. Salió de la ducha y secó su cuerpo mirando detenidamente cada centímetro del mismo.

¿Cuánto tiempo hacía que no se observaba?

¿Cómo había cambiado su cuerpo desde entonces, cuando no llevaba hábito y su cuerpo le hablaba y le decía lo que necesitaba para ser feliz?.

Mientras frotaba su cabello rubio con una toalla se sentó nuevamente sobre su cama. Lo dejaría secar al aire libre. Hoy no usaría cepillo ni secador. Dejaría que se rizara suelto y sentiría su olor muy cerca.

Miró hacia arriba, a la izquierda buscando la cruz, pero ya no estaba. En su lugar sólo encontró recuerdos: Un niño maravilloso, un trabajo agradablemente estresante, muchas personas a su alrededor -algunas verdaderamente interesantes- y un compañero tierno y dulce con quien compartir su vida y, por qué no, también un agradable baño desnudos en el mar.

Teresa no tenía claro lo que hacía, ni por qué lo hacía, ni para qué. No sabía cuál sería el resultado de sus acciones. Lo único que sabía es que el hábito había quedado en el suelo del baño de aquella celda de castigo creada por ella misma y sus fantasmas.

Se vistió rápido, apenas unos vaqueros y una camiseta. Eso sí, sus coquetos zapatos de tacón volvieron a

sus pies. No pudo abandonarlos; habían viajado con ella muchos años, eran el único símbolo de su auténtico yo.

Salió de su celda dejando tras de sí esos ropajes que, a pesar de ser negros y ásperos, relucían, brillaban como si de una armadura dorada se tratara.

*Fin*



Teresa Viedma Jurado